

CULTURA

ANDREA KÖHLER

Escritora y periodista

“No hay que tener miedo a no hacer algo productivo”

CARLES GELI, **Barcelona**

De pequeña, la escritora y periodista alemana Andrea Köhler (Bad Pyrmont, 1957) miraba el interior de unas cajas de sus abuelos con fotos holográficas de personas; si esperaba y las movía, parecían fantasmas. Algo de fantasmagórico tenía también aguardar el revelado del papel fotográfico: “Lo que no estaba, con la espera estaba”. Eso acabó con la foto digital: “Es pura inmediatez: disparas y ves; se ha perdido el tiempo de espera del revelado, lapso en el que podían suceder otras cosas en relación con el paisaje o a las personas ahí recogidas o a ti mismo; con lo digital, esas cosas dejan de suceder”. Y ahí nació *El tiempo regalado* (Libros del Asteroide; Angle, en catalán), fina reflexión literario-filosófica sobre la espera, trenzada a partir de las lecturas de 42 libros, de los Hermanos Grimm a Sloterdijk, pasando por los *picos* de Beckett y su *Esperando a Godot* o del Heidegger de *Los conceptos fundamentales de la metafísica*.

Köhler solo ve virtudes en la “lata de esperar”, una (in)acción que hoy es anatema o supuesto estado de imbecilidad improductiva en esta sociedad del yocostogundo y el turbocapitalismo. Pero ni esa aceleración ha frenado el sufrimiento de la espera; al contrario, Internet o Twitter convierten a todos en más impulsivos e impacientes. “Los intervalos los podemos hacer más cortos e intensos, pero siguen ahí, con la obsesión de utilizarlos para algo productivo, cuando eliminar los tiempos de espera nos deja menos tiempo para pensar y conectar con nosotros mismos”. Hasta hace poco corresponsal en Estados Unidos, ahí ha detectado la última consecuencia: “Al querer acortar los tiempos de espera solo ha crecido exponencialmente la ansiedad y nece-

sidad de su tratamiento médico”.

Apoyándose en el Nabokov de *Habla memoria*, desarrolla la tesis de que la vida no deja de ser una larga espera para morir, un fogonazo entre dos negras infinitudes. “La cuna se mece sobre el abismo”, escribe el autor de *Lolita*. “La vida es algo que pasa entre dos momentos de vacío; el hombre es el único animal que sabe que su vida termina y eso le lleva a crear arte; que haya principio y final le da sentido; es una paradoja existencial”, cree Köhler. Todo creador, dice, debe soportar la espera: a que lleguen los pensamientos y se ordenen. Es lo que Kafka llamaba “el titubeo antes del nacimiento” porque, como dice ya ella, “a la musa no se la obliga, pero hay que prepararle el terreno, esperar”. Se trata, pues, de entender toda espera “como tiempo regalado y no perdido”, lejos de la adjetivación que el Romanticismo del XVIII asoció a “dolor” y “tormento” y así ver que el enfermar es “un compás de espera, una pausa que demanda el cuerpo” o que parte del encanto y la razón de ser del viaje consiste en que “alguien espere y dé fe de nuestra ausencia”.

En *Madame Bovary* o en *Anna Karenina* se fija la ensayista en que la rebelión contra la espera femenina comporta la perdición, lo que contrasta, sostiene, con la espera positiva cuando se trata del idealizado príncipe azul. ¿Es machista la espera? “Durante muchos periodos de la humanidad, ha sido siempre la mujer la que ha debido esperar al hombre a que volviera de largos viajes exploratorios o de guerras, y así se ha asociado; Penélope, mujer de Ulises, es el primer personaje literario en el que la espera se hermana con la narración... Y todo eso, a su vez, va ligado a una eterna pregunta del ser humano: ¿Habrá, en algún lu-



La escritora y periodista Andrea Köhler, en Barcelona. / JUAN BARBOSA

‘El tiempo regalado’ es una reflexión literario-filosófica sobre la espera

“Si damos tiempo pasan cosas, llega entonces lo inaudito, lo inexplicable”

gar, alguien que me espere?”.

Köhler practica lo que escribe: tras una primera respuesta, aprovecha la pausa de la transcripción que hace su interlocutor para pensar y añadir argumentos, como en su aseveración de que, aunque hayamos adaptado nuestro equipo sensorial al *tempo* acelerado, los sentimientos conservan su lentitud. “No dejamos de ser humanos: nuestros sentimientos mantienen un cierto anacronismo, generamos defensas contra la angustia de la rapidez, por eso no podemos liberarnos de la lentitud, lo que explica el auge de la meditación, el *slow food*, el yoga...”, recita. Pero, ¿qué ocurre cuando no hacemos nada? “Pues muchas cosas, llega lo inexplicable o inaudito: he-

La prisa, contra la libertad y la memoria

La rapidez, amén de muchas aristas, tiene para el ser humano, según Andrea Köhler, un lado potencialmente muy cortante, que afecta a puntos esenciales de la razón de ser como la libertad y la memoria: “El ser humano busca, por naturaleza, seguridad, mientras que en la espera todo puede pasar; pero si eliminamos la posibilidad de que puedan suceder cosas, en el fondo lo que estamos haciendo es perder libertad y puede que también memoria”. Otra de sus pausas y prosigue: “Pensar, escribir requiere tiempo y la naturaleza, también: de la gestación, la pubertad o el capullo de un insecto, que son estadios de espera, surgirá una criatura distinta... La fruta también necesita tiempo para madurar y tiene sus estaciones; la memoria humana, aunque pueda no parecerlo, está asociada a todo ello y también a los olores de esa fruta en su temporada. ¿Qué pasará con nuestra memoria si hoy hay todo tipo de frutas durante todo el año o estas ya no huelen como olían antaño porque no han madurado en el árbol lo suficiente?”. Inquietante, la prisa.

mos de dejar espacio para que pase lo maravilloso; de lo que se trata hoy es de no tener miedo a no hacer algo productivo”.

Enjuta, sentada muy recta sin tocar la silla, Köhler se fija en todo. Ahora ha terminado un ensayo similar sobre la vergüenza y está de pleno en otro sobre los rostros: “Cada cara es distinta, pero hay a veces reflejos de unas en otras”. Temas muy alejados. “No crea: son esenciales en la conformación del ser humano, para conocerse y conocer a los demás”. Al menos, poco abordados: “Sí, en Filosofía hay muchos libros sobre el tiempo, pero pocos sobre la espera”. Quizá el problema de la espera es que suele llevar a hablar con uno mismo. Y eso siempre da miedo.

OPINIÓN

Feminismo sin ruido

FÉLIX OVEJERO

La guerra de las ideas se disputa en factorías de palabras. Algo nuevo. Los revolucionarios clásicos acudían a la sencillez dignidad de palabras de familia gastadas tibiamente. Si acaso, volvían la mirada atrás, a griegos, romanos o, más tarde, a la Francia revolucionaria. Ahora es distinto. Ha sucedido, superlativamente, con el feminismo más reciente y su impresionante capacidad para despachar nuevos sintagmas: *microagresiones*, *mansplaining*, *bropropriating*, *manterruption*, etc. Se trata de un léxico, casi siempre autorreferencial, que inunda los debates y, no pocas veces, deja con el pie cambiado a los interlocutores, incapaces de saber de qué se habla. No se trata tanto de hechos nuevos sino de designacio-

nes nuevas de hechos antiguos que, por lo mismo, cabe pensar, se podrían haber denunciado con las palabras de todos. Pero estamos ante una batalla política y, en nuestro tiempo, las batallas políticas comienzan por socavar los territorios comunes, que es algo bien distinto a discutirlos.

Ese despliegue léxico con frecuencia superpone, sin distinguir, varios registros: el normativo y el positivo, el cómo son las cosas y el cómo nos parecen, bien o mal, con la biología como sospechosa habitual; el académico-técnico y el común, el uso preciso y explícito y las palabras comunes de la tribu, como se ha visto con las decisiones judiciales; los actos locutivos y los ilocutivos, cuando los adjetivos, abandonada su función clarifi-

cadora, se usan para acallar discrepancias o desatar emociones.

Esa superposición tiene insanas consecuencias para el necesario debate de las causas justas. Primero, propicia la ambigüedad, el mejor modo de no entenderse. El nuevo léxico crea una ilusión de precisión (Lilienfeld, *Microaggressions: Strong Claims, Inadequate Evidence*) y acaba por encanallar los debates. Parafraseando a Russell se podría decir que “las controversias son más salvajes cuando no hay precisión. La persecución se utiliza en la teología, no en la aritmética”. Por otra parte, la discusión se empantana por las malas maneras argumentales: hechos que se confunden con valores (falacias naturalistas y moralistas), técnicas estadísticas maltratadas

y omnipresencia de la falacia *ad hominem* (“Tú, hombre, no lo puedes entender”). Tercero, no se sabe muy bien si se discuten teorías académicas o propuestas políticas. La crítica a ciertas teorías se considera una descalificación del movimiento emancipador, como si criticar la teoría del valor trabajo descalificara al socialismo. Dudar de ciertas tesis se entiende, sin más trámite, como un acto de opresión. Y no: discutir la calidad epistémica de la “perspectiva de género” no es defender la violación.

Pero lo peor de todo es que la resistencia a matizar puede arramblar con las mejores propuestas. La discriminación positiva, justificada en determinadas circunstancias, puede ser la primera víctima, cuando se convierte en incondicional y se defiende con pobres argumentos. El afán de decorar con (mala) teoría propuestas sensatas y la insistencia en tomar la crítica a la primera como una descalificación de las segundas, es un modo seguro de allanar el camino al triunfo de las peores ideas. No sería la primera vez. A ver qué pasa.